

Dos piezas: La cosa humana y oficio de tinieblas

por

José Ricardo Morales

Estas obras, escritas de un trazo en los días del verano último, responden, como no podía ser menos, a ciertas tendencias que se dibujan en mi teatro desde su iniciación. Recuérdese —si es que hay memoria de ello— que en la primera versión de *El embustero en su enredo*, estrenada en 1944 y en nuestro Teatro Municipal por la preclara Margarita Xirgu, el último acto —a la manera de un autobarroco— sucedía en la conciencia del personaje principal, fijo en el centro de la escena. Tales motivos —el de la inmovilidad y el del desarrollo de la obra en el interior del hombre representado— fueron, posteriormente, característicos de cierta dramaturgia que hizo hincapié casi exclusivo sobre semejantes posibilidades. Aún más, el desarrollo de la obra en lo oscuro y la impresión de encontrarse perdido en un mundo que, aunque nuestro, nos es ajeno, son, sin duda, aspectos propios de mi teatro, al punto que se encuentran plenamente enunciados en el referido *Embustero*, en *Bárbara Fidele* (1948) y, después, en la *La grieta* (1963) y *Hay una nube en su futuro* (1965) ... etcétera, etcétera, que no pretendo usurpar al crítico posible, si es posible que lo haya ...

Pasaremos, pues, la página.

Las obras que ahora aparecen, representan dos situaciones extremas, reales y patéticas. Son —aquí de la frase hecha— “cuestión de

vida o muerte”, puesto que en ellas cuestiono diferentemente nuestro ser como nuestro dejar de ser. Y ambas se encuentran propuestas en una modalidad de auténtico antiteatro. Pero cuidado. Pues no se trata de ese antiteatro acuñado por algunos en términos que valen porque circulan y circulan cuando no valen, es decir, cuando nada determinan . . . No. El antiteatro a que me refiero es aquel del compungido Lope, quien doliéndose de la representación literalmente aparatosa, con sobrada maquinaria, de una de sus obras, se lamentaba discretamente al decir: “aunque lo que menos se oyeron fueron mis versos . . .”, que es como advertir que el drama se había esfumado a beneficio del teatro y de la teatralidad. Mis dos piezas son, pues, antiteatro en la medida en que han prescindido de la aparatosisidad exterior para reducirse al conflicto, al drama escueto. Tanto que incluso el ingrediente espectacular de la visualidad se suprimió por completo en una de ellas. Si el intento parece o no afortunado, doctores tiene la escena que dirán, si les parece, la última palabra . . . Allá ellos. En lo que me corresponde, creo haber cumplido plenamente con la moral que al artista pertenece: la del riesgo, moviéndome fuera de los caminos trillados y de las situaciones solitas, sin arredrarme ante las dificultades que las obras me pusieron cuando me las propuse y cuando, luego, las dispuse a mi manera, dándoles el sesgo último que tienen.

LA COSA HUMANA

(SU FUNCIONAMIENTO
Y MODOS DE EMPLEO)

CATALOGO PARA USO DE NUESTROS

CLIENTES

Estimado señor (o señora) :

Desde ahora, usted es el afortunado poseedor de un artículo que, debido a sus excepcionales cualidades, tiene considerable acep-

tación en el mercado: LA COSA HUMANA, marca registrada. Hoy lo ponemos a su disposición gracias a las perfeccionadas técnicas de *Industria Humanicola, Sociedad Anónima*, empresa que no ha regateado esfuerzo alguno para mejorar la acreditada calidad de sus productos. Esperamos que éste resulte de su pleno agrado y, si así fuera, estamos ciertos de que su uso y disfrute le procurará momentos de inolvidable esparcimiento en compañía de los suyos y de sus amistades. ¡Enhorabuena, señor cliente! ¡Su acertada elección le dará de inmediato gratos dividendos!

Trompetas y clarines.

Una sentencia comercial muy difundida sostiene que "la presentación equivale a la mitad del producto". *Industria Humanicola, Sociedad Anónima*, aceptó este principio y, como tiene por costumbre, lo perfeccionó. Para nosotros, *la presentación equivale al ochenta por ciento del producto . . .*, de un producto que, no debe olvidarse, aunque ahora vale el ciento por ciento, aumentará muy pronto su valor. ¡Así que usted, sin proponérselo, hizo lo que se llama "una buena inversión"!

EL ESTUCHE. LA COSA HUMANA se presenta en estuches unipersonales, de modernos colores que no desentonan en ningún ambiente. ¡Desde luego que no! Sin embargo, si usted desea un modelo distinto y requiere el consejo de nuestros expertos, no dude en consultarnos. De inmediato recibirá la visita de un especialista, que *Industria Humanicola, S. A.* tendrá sumo agrado en poner a su disposición. Excepcionalmente, con un ligero recargo en el coste, producimos estuches de dimensiones y formas especiales, adaptables a las necesidades más diversas. Nuestros muy largos años de experiencia garantizan óptimos resultados.

Pero, si usted nos lo permite, deseamos llamar la atención sobre el envío que acaba de recibir en su hogar. ¡*Industria Humanicola, S. A.* le agradece su hospitalidad! ¡Muchas gracias, estimado se-

ñor (o señora)! ¡He aquí una verdadera caja de sorpresas que promete soberbias diversiones a su espíritu!

Trompetas y clarines. Se descorre una cortina y aparece el estuche. Es un prisma de material brillante, de color intenso, parecido a un refrigerador de gran tamaño. Está instalado sobre un pedestal.

¿No encuentra seductora su sobria línea de vanguardia? ¿No cumple, acaso, con los requisitos más refinados? Sin embargo, le anticiparemos que sus virtudes técnicas son comparables y aun superiores, si ello fuera posible, a las de su diseño.

CUALIDADES CIENTIFICAS Y FUNCIONALES DEL ENVASE. Este nuevo modelo de cabina se halla provisto de triple sellado. ¿Por qué? Sencillamente porque así aseguramos la supervivencia indefinida de nuestra mercancía. Tal como hemos descubierto, LA COSA HUMANA necesita envases a presión (alrededor de 760 milímetros de mercurio parece ser la cifra óptima), de un gas compuesto en las proporciones que se indican:

Nitrógeno y otros, 79,02.

Oxígeno, 20,94.

Anhídrido carbónico, 0,04.

Este importante hallazgo de *Industria Humanicola, S. A.*, destruye los errores propuestos por los llamados pensadores, representantes destacados de LA COSA HUMANA, quienes creían que los ejemplares de ésta podían vivir en cualquier medio. Falso, rotundamente falso. Hay en ello un error semejante a todos los que sustentaron Madame Unesco, Montgolfier, Anquetil y otros más. No diremos que hicimos este sensacional descubrimiento para dar confianza a los clientes, pero sí afirmaremos, y con énfasis, que quienes tal descubrimiento hicieron, se merecen, sin duda, la ciega confianza de los consumidores. Aunque pueda parecernos extraño, LA COSA HUMANA necesita esa

mezcla de gases . . . ¡porque respira! Así que las limitaciones del estuche se deben a la imperfecta condición originaria de nuestra mercancía, y no a insuficiencias técnicas de *Industria Humanícola*. LA COSA HUMANA requiere dichos gases, la presión indicada e incluso una temperatura de alrededor de veinte grados para sobrevivir. *Tenga presente que cualquier falla en la cabina podría ocasionar consecuencias fatales. No olvide que LA COSA HUMANA es el más débil de los seres que existen.* Dé ahí nuestras justificadas precauciones.

ALGUNAS PRECAUCIONES.

MANTÉNGASE HACIA ARRIBA. Como después comprobaremos, LA COSA HUMANA tiene arriba y abajo. Por ningún motivo debe variarse la posición actual de la caja. Es la única correcta.

FRÁGIL. Todos conocen la fragilidad humana. Contra este riesgo, propio de la precaria naturaleza de nuestro artículo, su embalaje le brinda protección sobrada.

CONSERVESE EN LUGAR FRESCO Y SECO. Ignoramos el significado exacto de esta frase, pero como figura en muchas viejas etiquetas, creímos conveniente mantenerla.

En suma, dada la inestimable calidad de nuestra mercancía, *cualquier precaución parece poca*, pero tenga la absoluta confianza de que *Industria Humanícola* tomó todas las necesarias . . . y alguna más.

¡Mucho ojo!

DESCONFIAD DE LAS IMITACIONES. Aun cuando ciertos comerciantes inescrupulosos intentaron falsificar nuestros productos, ya nadie duda de que son los únicos genuinos.

¡La prueba! ¿Qué mejor prueba que LA COSA en persona?

Trompetas y clarines. Redoble de tambor. Golpe de platillos.

¡LA COSA HUMANA!

Se deslizan hacia abajo las cuatro caras verticales del estuche y queda a la vista una jaula hermética de material transparente. Hay en ella un hombre sentado sobre un taburete. A su izquierda, un pequeño tablero horizontal, en el que aparecen cuatro o cinco libros, varios recipientes con píldoras, un frasco de agua y un vaso.

¡LA COSA HUMANA! (*Redoble de tambor. Se pone de pie*). ¡Ejemplar impecable! ¡Sometido con éxito a nuestras rigurosas pruebas de laboratorio! ¡Garantizado! ¡Inmunizado! ¡Vaciado! ¡Resistente! (*Saluda con una leve inclinación*). LA COSA HUMANA se compone de cabeza . . . (*la indica*), tronco . . . (*lo indica*) y extremidades. (*Las indica*). En la cabeza, ése apéndice esférico y superior (*lo indica*), tuvo antaño localizado el pensamiento. Ahora, tal como demostraron nuestros técnicos, se encuentra situado en ese punto "el centro de obediencia". (*Asiente*). ¿Asintió? (*Vuelve a hacerlo*). Desde luego. Por lo tanto, funciona bien su "centro de obediencia". Tan bien funciona que acepta tenerlo (*Asiente*). Y si lo acepta, es que lo tiene. (*Asiente*).

En la cabeza se hallan los oídos (*los indica*), por los que recibe algunas órdenes; los ojos, con los que logra ver un poco (*los indica*); la nariz y la boca (*las indica*), órganos semiatróficos que ahora le sirven para respirar. Nuestros expertos propusieron la supresión de la nariz (*la indica*), dado que su función se encuentra duplicada por la boca, pero consideraron luego que no era legítimo eliminar ese motivo tan curioso y, por qué no decirlo, tan significativo de los hombres. Esperamos que usted esté de acuerdo y acepte nuestro artículo tal como viene presentado. Sin embargo, en el tronco (*lo indica*) se introdujeron enormes mejoras. En cuanto conseguimos privar al hombre de la nutrición, le fueron suprimidos todos los tubos y cañerías que empleaba para la asimilación de alimentos. (*Asien-*

te). Y aun cuando no hemos logrado eliminarle ese reflejo de la respiración, esperamos obtenerlo muy pronto. ¡No hay que alarmarse, apreciado señor (o señora)! ¡Si producimos el ejemplar perfeccionado y sin aliento que tenemos a prueba, lo canjearemos de inmediato por el tipo anticuado, sin gasto alguno de su parte! ¿Cabe exigir más garantías?

Este modelo, como podemos comprobar, dispone de extremidades inferiores, que son dos, y se sostiene sobre ellas en un raro equilibrio. (*Se mantiene sobre un pie*). ¡A veces sobre una! ¿Qué le parece, estimado cliente? ¿No es de valor inestimable LA COSA HUMANA? ¿No le abre un horizonte insospechado de sorprendentes y cultas diversiones? ¡Y aprecie qué es capaz de hacer con las extremidades superiores! (*Se frota las manos un buen rato*). ¡Está bien! (*Cesa de frotarse las manos*). Obediencia perfecta. Ejemplar comprobado. Y si antes se permitió tenerse sobre un pie, en vez de hacerlo sobre dos, como anunciábamos, se debe a que cumplió una orden nuestra que no percibió. (*Se sorprende*). LA COSA HUMANA es cosa, por ello no tiene iniciativa. (*Breve pausa*).

Su peso es variable, aunque los ejemplares de hasta doscientos kilos han desaparecido. La densidad es algo superior a la del líquido que conserva en el frasco, y su temperatura de unos treinta y seis grados a treinta y siete y medio en estado normal. Si sube un poco más, delira y muere. Si desciende, se hiela y perece. Aquí llegamos a un tema importante que conviene tratar en esta elemental demostración de nuestro artículo: nos referimos a la duración de su vida. (*Pone atención, llevándose una mano a una oreja*). Los ejemplares anteriormente conocidos nunca cumplieron muchos años. Los hubo, incluso, que murieron en busca de la inmortalidad. Su obsesión, ya se sabe, era durar y mantenerse. Pero, como es notorio, nunca lo consiguieron. ¡Por contraste, ahora lo obtiene fácilmente *Industria Humanicola, Sociedad Anónima!* ¿Cómo logramos ese increíble resultado que nos llena de orgullo? Permítanos mantener en secreto nuestro procedimiento... ¡Qué estimulante incógnita,

señor cliente! ¡Qué enigma impenetrable o insondable! ¡Qué fabulosa intriga! Sin embargo . . . , queremos darle una pequeña luz: *persevere, siga el catálogo hasta el fin y apreciará cómo y por qué LA COSA HUMANA llegó a ser inmortal*. ¡Bonito premio para este poco de paciencia que usted se digna concedernos! Por ahora sepa que su ejemplar se halla garantizado hasta la eternidad. (*Sonríe*). Seguramente sonrió. (*Afirma y sonríe*). ¿Qué anuncia esa sonrisa? (*Breve pausa*). Anuncia la felicidad. ¿De qué es feliz LA COSA HUMANA? Logró su aspiración: es inmortal. Nos lo agradece . . . (*una gran reverencia*), como tenía que ocurrir . . . (*Breve pausa*). ¿Y qué hace nuestro artículo con la inmortalidad? (*Hace gimnasia. Toma una píldora. Se sienta. Se levanta. Toma una píldora*). Muy bien. (*Se detiene. Sonríe*). Sonríe. Y con razón. Se encuentra en paz. Obedece o repite sin fin los mismos actos. ¿Quién duda de su felicidad? (*Sonríe*).

(*A media voz*). Entre nosotros, amigo cliente, hay otros medios de dar contento a nuestro artículo . . . Aunque quizá no sean los que usted supone . . . En un folleto adjunto le incluimos los mil mejores frutos del ingenio humano. Probemos uno . . . De inmediato advertirá su efecto favorable. (*En voz alta. A la manera de los payasos*).

—¿Cóoomo estáaa usteeed?

—Muuuy bieeen ¿y usteeed?

—Iguaaaal que usteeed: muuuy maaaal. ¿Y usteeed?

—Iguaaaal que usteeed: muuuy bieeen . . .

(*LA COSA HUMANA se desternilla de risa muda. Répíte el diálogo, mímicamente, y vuelve a desternillarse de risa*) ¡Basta! (*Se queda inmóvil*). Obedece. Es feliz. Eternamente.

Usted debe de haberse preguntado por qué LA COSA HUMANA usa vestido, si está perfectamente protegida por el envase hermético . . . ¡Buena pregunta, estimado señor (o señora)! ¡Muy digna de su lucidez! Pues bien, muchos opinan que se viste . . . por atavismo. Esa es una razón. Es una, pero no la única, ya que nuestros expertos

sostienen que le gusta usar traje . . . porque tiene bolsillos. ¡Inesperada afirmación, pero no menos cierta! Por algo nuestra idea se funda en periódicas observaciones sistemáticas, de extremado rigor, entre las que incluiremos todas las que usted haga. Para ello le adjuntamos algunos *tests* que se refieren al uso del bolsillo en LA COSA HUMANA. ¡Llénelos y participará en un apasionante trabajo científico! ¡Contamos con su valiosa contribución! Pero existe, además, el lado recreativo del problema, que le permitirá obtener de nuestro artículo un cúmulo infinito de satisfacciones. Le sugerimos algunas preguntas. Por ejemplo: "¿qué sacará de los bolsillos?" (*Empieza a extraer de ellos*): Llaveros, aunque la cápsula sea hermética . . . Cigarrillos, aun cuando ya no fuma . . . Lápices, aunque no sabe escribir . . . ¡Documentos! (*Se asusta. Los saca rápidamente*). ¿En blanco? (*Asiente*). Aquí el cliente puede iniciar otro bonito juego. LA COSA HUMANA es absolutamente anónima, tal como nuestra *Sociedad Humanícola*. Entonces . . . ¡póngale un nombre! Estudie usted cómo responde. Después, cámbieselo. Aprecie su adaptación al nuevo. También puede probar los restos inconexos de iniciativa que a veces le quedan, proponiéndole nombres diferentes. Este juego debe hacerse entre varios. Aquel que acierte el nombre preferido por LA COSA HUMANA, gana. Otro juego: adivinemos qué esconde en los bolsillos. No olvide que nuestra mercancía se halla enteramente a su servicio. Por ello conserva en algún lado un depósito de objetos sorprendentes, que contribuirán al sano esparcimiento de nuestros favorecedores. ¡Ah!, pero LA COSA HUMANA esconde siempre algo . . . que no quiere mostrar. Es una buena adivinanza. ¿Qué guarda en los bolsillos con el mayor cuidado? ¿Retratos de familia? (*Niega*). ¿Cartas? (*Niega. Mientras tanto, saca algo de dinero con suma lentitud y lo exhibe en la palma de la mano*). ¡Monedas! He aquí una muestra de la inconsecuencia humana. Aunque el hombre afirmaba que la dicha no se compra, reconozcamos que los medios de compra le pro-

ducían extraordinaria dicha. (*Se guarda las monedas*). Parece ser que nuestro artículo es avaro . . . de esa felicidad. (*Se le cae una moneda. Se agacha y trata de encontrarla*). Pese a su pobre iniciativa, compruebe con qué prisa busca tan desdeñable felicidad . . .

Aquí llegamos a un punto delicado . . . (*Encontró la moneda. Se levanta. La guarda. Suspira. Toma una píldora, acompañándola de un sorbo de agua*). ¡No se alarme, señor (o señora)! ¡Nuestro ejemplar disfruta de perfecta salud! ¡Si usted encuentra fallas en la mercancía, indíquenos el número de serie, junto al del operario que la envasó, y se la canjearemos de inmediato! Pero sería la primera vez que esto sucede . . . Nada le duele. (*Niega*). Ni el hígado (*lo indica*), ni el corazón (*lo indica*), ni la cabeza (*la indica*). Toma píldoras, cápsulas, grageas, por vicio inveterado que no hemos conseguido eliminarle. Quizá estos hábitos le den cierta felicidad suplementaria que contribuye a su felicidad mayor . . .

¡Pero llegábamos a un punto delicado . . . (*Asiente*). Conviene recordar que en otros tiempos LA COSA HUMANA lograba ramalazos de efímera felicidad en el acto inicial de la reproducción. Para ello requería a un individuo del sexo contrario, se emparejaban, después venían nuevos ejemplares . . . y la rueda seguía. Sin embargo, la escasez actual del tipo femenino nos obligó a guardarlo para el apareo. Entonces, dirá usted con razón, si suprimieron esa delicia festival, ¿cómo sigue contento el ejemplar presente? ¡Ese es el mérito de *Industria Humanícola!* Y más si los productos que lanza al mercado no están neutralizados en el laboratorio . . . Entonces, ¿cómo explicar tanta sonrisa? (*Sonríe*). Muy fácilmente: *este ejemplar está contento porque le dimos participación en el programa*. ¿No le parece buena idea? Su participación consiste en la obediencia, y como le ordenamos la abstención gozosa, de tal manera contribuye a nuestro monopolio de LA COSA HUMANA. Todos nuestros productos secundan

el programa alegremente, porque comprenden que lo hicimos para su propio bien. (*Asiente*). Seguramente éste asintió. (*Asiente*). Si es así, ¿qué mejor prueba del bienestar presente de LA COSA HUMANA?

UN POCO DE HISTORIA. Sí, amigo nuestro, un poco de historia. Siempre conviene comparar. Porque los hombres no disfrutaron antes de la felicidad total. Los pocos textos que tenemos de ellos están llenos de quejas, imprecaciones y lamentos. Y con razón. ¿Por qué? Pues porque el hombre no había llegado al colmo del progreso: ¡el hombre aún no era cosa! Tenía responsabilidades, riesgos, empresas y trabajos que le quitaban hasta el sueño. Ahora no requiere dormir. Si no se cansa, ¿para qué descansar?

Sí, amigo nuestro, un poco de historia. Siempre conviene recordar. Antaño el hombre padecía, porque creyéndose el ser más racional, sospechaba que no lo era del todo. Y, desde luego, no lo era. Así lo prueban nuestras indagaciones. Cuando tenía conflictos, los resolvía con la violencia que negaba. Destruía la Tierra que habitaba y se quejaba de la destrucción. Consumía todo lo existente, al par que lamentaba su extinción. Poblaba con exceso y abominaba el exceso de población. En nombre de su propia libertad imponía la esclavitud a los demás... Por ello, ¿a quién puede extrañarle que esta raza sufriera y pereciera? Nuestros historiadores no concuerdan sobre el motivo que agotó a la especie: ¿canibalismo?, ¿burocracia?, ¿deseo primitivo de prestigio?, ¿poder más fuerte que el poder pensar?, ¿competición ilimitada?, ¿terrores colectivos?, ¿justicia o injusticia social? Nadie coincide sobre cuál fue la causa. *Pero en lo que están todos de acuerdo es que Industria Humanícola, Sociedad Anónima, produce los mejores ejemplares de LA COSA HUMANA, librándolos a su clientela en condiciones óptimas.*

¡Hechos y no palabras! ¡Compruebe la absoluta docilidad de nuestro artículo!

ALGUNOS EJERCICIOS DE OBEDIENCIA.

Redoble de tambor.

Súbase al taburete. Póngase de perfil. Flexione las piernas. Llévase las manos a la nuca. Levántese. Baje los brazos. Póngase de cara. Descienda. Salude.

Redoble de tambor.

Coja el vaso de agua con la mano izquierda. Cámbielo de mano. Levántelo a la altura de la boca. Beba un sorbo. Cambie el vaso de mano. Póngalo en su sitio. Salude.

Redoble de tambor.

Siéntese. Coja un libro. Abralo. Pase algunas páginas. Ciérrelo. Abralo. Ciérrelo. Déjelo en su sitio. Levántese ahora. Salude.

Redoble de tambor.

Usted tiene frío. (*Se pone a tiritar*). ¿No siente calor? (*Se abanica con las manos*). Empezó a llover. (*Extiende la mano derecha*). ¡Esto es un diluvio! (*Se encorva*). ¡Tiene que nadar! (*Lo hace*). ¿Usted nada en seco? (*Se detiene. Asiente*). Salude.

¡Hechos y no palabras! ¿Quién dudará de su completa docilidad? ¡Al fin logramos la tan ansiada domesticación del hombre! ¡Si anteriormente tuvo animales amigos para su gozo y distracción, hoy disfruta y se alegra obedeciendo, y su disfrute aumenta, porque ocasiona el nuestro! ¡Aquí está el hombre convertido en el muy grato juego de salón que todos esperaban! ¡Si su absoluta docilidad lo ha transformado en cosa inerte, de tal manera obtuvo la más completa felicidad!

¡Estimado cliente, volvamos a nuestra pregunta, aquella que dejamos en suspenso! ¿Por qué LA COSA HUMANA es inmortal? ¡La gran adivinanza! ¡Trate de resolverla! ¡Haga una encuesta entre sus amistades! ¡Qué gran juego! ¿No acierta? ¿Le ayudamos? ¿Por qué LA COSA HUMANA nunca muere? ¿Quiere que le ayudemos? (*Breve*

pausa). Usted tiene razón: "Las cosas nunca mueren . . .". ¿Qué más? ". . . porque tampoco viven". Eso es verdad, señor. Vamos por buen camino. "¿Cómo puede morir el que no vive?" Cierto, muy cierto. Un paso más. "Aquello que no vive, sólo dura". Muy bien. Usted acertó. LA COSA HUMANA sólo dura. Y es más feliz cuanto más dura. (*Asiente*). ¡Por fin el hombre cumplió su aspiración! *Industria Humanicola* le dio esa felicidad que tanto merecía y deseaba, convirtiéndolo en cosa y haciéndolo durar eternamente. ¡Esté seguro de que LA COSA HUMANA no morirá jamás, porque no vive! ¡Se lo garantizamos! ¡Señor cliente, aquí le revelamos el secreto! ¡Guarde reserva! ¡No lo divulgue! *No cuente el desenlace*. Se lo agradecerán sus amistades. ¡Propóngales el juego eterno! ¡Se lo agradecerán eternamente!

Trompetas y clarines. LA COSA HUMANA toma una píldora. *Sonríe*. *Se sienta*.

ADVERTENCIA FINAL. Hemos usado un lenguaje semejante al que era propio de LA COSA HUMANA para que usted empiece a comprenderla. Aunque algunos de nuestros historiadores aseguran que derivamos de los hombres, las diferencias entre ellos y nosotros son tan grandes que no cabe aceptar esa absurda teoría. Réstanos desearle que este lazo amistoso que usted establece con LA COSA HUMANA perdure hasta el fin del tiempo. Si usted lo tiene a bien, comuníqueme su parecer sobre el comportamiento de este artículo a nuestra dirección y le quedaremos muy agradecidos.

Cordialmente suyos,

Industria Humanicola, Sociedad Anónima.

LA COSA HUMANA se saca del bolsillo una cartera. De la cartera extrae una vejiga. La hincha. Cuando la deja como un globo, exhibe un alfiler. Pincha el globo. *Sonríe*.

T E L Ó N

31 de enero y 1 de febrero de 1966.

OFICIO DE TINIEBLAS

PIEZA EN UN ACTO

Oscuridad total, en la que se desarrolla la obra entera.

EL HOMBRE. Acostumbrado . . . Enteramente habituado a su compañía. (*Breve pausa*). Discreta. Silenciosa. Aunque quizá demasiado tenaz . . . No. No es un reproche. Cada cual en su sitio. ¿El suyo? No necesita preguntármelo: por ahora frente a mí, casi como una sombra . . . Si es que se puede hablar de sombra en la tiniebla . . . (*Silencio*). Usted me obliga a la sinceridad. Pues bien, deseo apartarlo de mi pensamiento. Pretendía estar solo. (*Silencio*). ¿Imposible? ¿Nunca logramos estar solos? ¿Por qué? (*Silencio*) Desde luego que hice cuanto pude por alejarlo. Desde luego que no he conseguido mi propósito. Si usted sigue ahí . . . (*Silencio*). Creo haberlo intentado todo. Hasta cerré los ojos. ¿Sería? La costumbre, usted sabe . . . Por cierto que cerrar o abrir los ojos en tinieblas parece indiferente. Aquí, ver o no ver sólo depende de uno . . .

¿Que cómo me aparece? Con absoluta claridad. Iba a decir que luminoso . . . Porque su traje, su barba y sus lentes relumbran . . . Sí, muy nítidos. Cosa que me extraña . . . (*Pausa breve*). Usted me pareció en su tiempo alguien sin interés, una perfecta mediocridad. De ahí que me sorprenda verlo ahora con tanta precisión. (*Silencio*). Pero ¿por qué no se retira? ¿Le complace que hable de usted, aunque le diga francamente lo que pienso? (*Silencio*). Sin duda: me importa mucho que se vaya. Se lo ruego . . . (*Silencio*). ¿Que no debe? ¿Que usted se queda aquí por compasión? ¿No puede abandonarme bajo esta carga que me paraliza? (*Violento*). ¡Yo no lo necesito! ¿Quiere enterarse de una vez?

(*Rencoroso*). Fijo. Invasor. Incansable. Indeleble. Ahí enfrente, de pie. (*Pausa*). Inútil esforzarse. Tenaz. Indiferente. Inútil preguntarse qué pretende. (*Pausa*). Nada. Seguramente, nada. (*Silencio*). Saca, impasible, su cuaderno de notas y empieza... Estúpido juego del viejo docente, sórdido comerciante de ciencia al por menor, todos los días con su pequeña lógica de bolsillo al alcance de todos:

Pregunta. "¿Cómo debe decirse: no me dijo nada o me dijo nada?"

Respuesta. "Si *no* dijo *nada* es que dijo algo, y si dijo algo..." Etcétera, etcétera. ¡Estúpido juego, vida entera en él! (*Silencio*).

Parece mentira... "El amarillo fuego de los trigos incendiaba el paisaje de sol a sol". Parece mentira: aire, sol y trigo... ¿Dónde quedó aquello? "Un cielo de duro resplandor azul". No. No me gustaron. Borré las dos frases. Rasgué los papeles. (*Silencio*). Escena lejana: la clase de lógica. Largo tedio. Escribo: "La brisa que rompió a reír sobre las mansas formas de los árboles...". Pero tampoco me convence. Y el profesor que se levanta y dice, interrumpiéndome: "¡A usted me refiero!" (*Silencio*) ¿Qué más? (*Silencio*).

Triste compañía. Inseparable visión de última hora. Inútil preguntar por qué se presentó éste y no otro. No elegimos nada... Cualquiera en su lugar me hubiera parecido igual: un estorbo. ¿El último? Tal vez... (*Silencio*). Sí, ya me lo dijo, que no hay soledad. Sí, siempre habitados. Nuestra condena: vivir habitados... Ahí está usted para mostrármelo... (*Silencio*). Le entiendo muy mal... ¿Dice que se queda porque lo rechazó? (*Pausa*). ¿Sólo pretende que lo recuerde un poco? ¿No es eso? No sé...

Triste compañía. Inseparable visión de última hora sobre la tiniebla. Inútil preguntar por qué éste y no otro. ¿Qué otro? Si al menos supiese yo a quién busco... (*Silencio*) ¿De modo

que quiere ayudarme a soportar esta horrible carga . . .? Pero yo me digo: ¿la carga y usted no son, tal vez, lo mismo? ¿No apareció su imagen al caerme este peso que me parte en dos? (*Silencio*). ¡Ah! Entonces, rectifico. Se lo agradezco mucho . . . Aunque no necesito que me diga que me abandonaron. Su anuncio es inútil. Sé que estoy perdido: no me buscan más.

Ahora que vuelvo a ser carbón y lodo . . . Frases. Allá en la hondura de la tierra. Frases. Me buscaron con golpes y ruidos. Frases. ¿Quién rasga papeles? Frases. ¿Quiere usted ayudarme? Frases. ¿Qué dice? ¿Más frases? ¡A usted me refiero! Y el profesor que se levanta y grita: “¡A usted me refiero!” (*Silencio*) ¿Qué más? Me pide el papel. Lee la frase escrita. Luego me pregunta qué oficio tendré. Respondo: “Este, el de la vida”. Se sorprende. Calla. Pretende argüir que no es un oficio, pero se lo impido. No lo escucho. Salgo. (*Silencio*). ¿Salir? ¿Hacia dónde? Si ahora lo tengo ahí para siempre . . .

Para siempre . . ., no. Un “siempre” muy breve. Siempre que yo viva . . . ¿Será mucho? (*Silencio*). Permítame decirle que descubrí su juego. Usted me acompaña porque sabe muy bien que sólo permanecerá su imagen el tiempo que yo dure. Así que su ayuda consiste en ayudarse . . . Extraordinariamente humano . . . Gracias. Muy amable.

Parece mentira . . . La pequeña gracia, ¿dónde queda? La mano en la mano, ¿dónde están? Sabor de su entreabierto boca que me mira oscura. Parece mentira . . . Aquella sonrío. Se peina y despeina: la leve batalla continua. Exhibe sus artes. Sonrisas. ¿Sonrío porque tiene miedo? “¿Qué temor?”, le digo.

—“El tuyo, responde. El mayor de todos. Aquel que viene de sí”.

LA MUJER. El tuyo: tu miedo.

EL HOMBRE. Y el viejo profesor de ciencia fácil, trayéndome a la antigua voz amiga, quiere ayudarme a soportar la carga que me parte en dos. Gracias. Muy amable.

LA MUJER. Deliras.

EL HOMBRE. Tal vez.

LA MUJER. Toda la noche.

EL HOMBRE. Toda la vida.

LA MUJER. ¿A quién hablas?

EL HOMBRE. ¿Hablo?

LA MUJER. De tu oficio.

EL HOMBRE. Este de habitar en la tiniebla.

LA MUJER. No entiendo.

EL HOMBRE. Como suele ocurrir . . . Nos pasamos la vida haciéndonos la vida. Y cuando concluimos nos preguntamos qué hemos hecho.

LA MUJER. ¿No la comprendemos?

EL HOMBRE. Al final, tal vez . . .

LA MUJER. Entonces, dime que no estamos entre cuatro muros.

EL HOMBRE. Fui de un lado a otro. Arañé la roca viva y creo que sangro. No, amiga mía. No estamos entre cuatro muros.

LA MUJER. Di que no estamos encerrados, de pie las largas horas de una noche, en aquel ascensor como una tumba.

EL HOMBRE. No, amiga mía.

LA MUJER. Ni en las entrañas de la tierra. Perdidos allá dentro. Sin salida.

EL HOMBRE. Ni en las entrañas de la tierra.

LA MUJER. ¿Quién rasga papeles?

EL HOMBRE. Nadie, amiga mía.

LA MUJER. Di que no estamos en una sala oscura, con gente que respira y nos escucha, sufre y escucha, porque se escucha en nuestras voces como un eco.

EL HOMBRE. No, amiga mía. No, amiga mía. No, amiga mía . . . Y aquella sonríe. Aquí se comprueba que el engaño es el camino más corto entre dos seres: aquella sonríe.

LA MUJER. ¿Me ves?

EL HOMBRE. Te conozco.

LA MUJER. Cierto que al evocar sonrío . . . Recuerdo el paisaje del árbol antiguo. Y siento el venturoso aire que movía las hojas como si dijera: "Yo soy el venturoso aire que mueve las hojas".

EL HOMBRE. Pero regresa el pobre hombre del manual y el traje oscuro. Y se interpone, suficiente, con su saber de nada, bien sabido . . . (*Violento*). ¿Quién nos lo puso aquí? ¿No hay nada más que ese despojo?

LA MUJER. Deliras.

EL HOMBRE. Tres personas, trescientas o todas, aquí, juntas.

LA MUJER. Si no hay nadie . . .

EL HOMBRE. Y el viejo se alegra. "Oh, la pequeña enciclopedia de bolsillo es algo que tal vez puede caberle en la cabeza". Después me ofrece su gastado encendedor y dice: "¿No necesita luz?".

LA MUJER. El hombre intenta darte un pequeño consuelo. Quiere iluminarte.

EL HOMBRE. Pero perdió el encendedor . . .

LA MUJER. En este enorme pedregal.

EL HOMBRE. Diez pasos. No hay más. Diez pasos de un extremo a otro.

LA MUJER. Siempre lo perdías . . . Y siempre, desde luego, lo buscabas. Tenías que fumar después . . .

—¡Debajo de la almohada, hombre!

—No. No está.

—Quizá debajo de la cama.

—¡Tampoco!

Y blasfemabas entre dientes. Un día . . . (*Se ríe*). Un día . . . lo encontraste . . . (*Se ríe*) ¡Es que no puedo decirlo!

EL HOMBRE. ¡Vamos, cállate ya!

LA MUJER. (*Que siguió riéndose*). ¡En tu redondo recipiente! ¡Allí se había caído no sé cómo!

EL HOMBRE. Por tu manía del amor a oscuras.

LA MUJER. Fue una escena. ¡Una!

EL HOMBRE. Pero nos quedan muchas más.

LA MUJER. Con calor humano.

EL HOMBRE. El calor que apreciamos en tinieblas. (*Silencio*).

LA MUJER. ¡No! ¡Déjame en paz! (*Silencio*). ¡Te digo que no! (*Silencio*). Tengo sueño . . . (*Silencio*). La mano en la mano. Sueño abajo. Los dos, mano a mano.

EL HOMBRE. En una mina de carbón y lodo.

LA MUJER. No es ahí. Bajamos. Largas escaleras. Bajamos. Bajamos.

EL HOMBRE. Sueño abajo. Vamos . . . (*Silencio. Jovial*). Amiga mía, hoy me tienes, como suele decirse, a tu completa disposición. Me quito el sombrero . . .

LA MUJER. Si no usas sombrero . . .

EL HOMBRE. Más mérito. Entonces, me quito ese sombrero que no llevo y te doy el brazo.

LA MUJER. ¿De compras?

EL HOMBRE. Mejor.

LA MUJER. ¿Visitas?

EL HOMBRE. Ni hablar.

LA MUJER. Esta larga calle no se acaba nunca . . .

EL HOMBRE. ¡Llegamos! ¡Gran día! Sol y aire. Los verdes jardines. Después, restaurante. Feria, carrusel. ¿Helados? De café y limón. Hoy es nuestro día. Somos propietarios de este día glorioso. A ver quién es capaz de arrebatarlos . . . Nadie. Ni el cobrador de impuestos. ¿Otra vuelta más? Bueno, como quieras . . . Sí, es tarde. Volvamos.

LA MUJER. Por las escaleras. Orfeo, camino del infierno, con la pequeña Eurídice a su lado. Juntos. Mano a mano, hacia los infiernos.

EL HOMBRE. La historia al revés.

LA MUJER. Baja Orfeo al metro. Sigue largos túneles. Entra en un vagón. Allí pierde a Eurídice. (*Silencio*). ¿Dónde estás?

EL HOMBRE. Contigo.

LA MUJER. ¿Dónde, amigo mío? (*Silencio*). Diez horas de espanto . . . Sin luz, bajo tierra, en una indescriptible confusión de cuerpos como fardos: aquel horror de la fosa común.

EL HOMBRE. Deliras, amiga.

LA MUJER. ¿Por qué no me buscas?

EL HOMBRE. ¿Buscar? Dije delirar . . . Estoy a tu lado.

LA MUJER. Yo dije buscar. Pero no hallé más que una interminable galería de silencio y tiniebla.

EL HOMBRE. Frases.

LA MUJER. Algo tenemos que decir.

EL HOMBRE. Y el viejo profesor de barba hirsuta repite su dormida letanía, porque algo tiene que decir: Bárbara, Celarent, Darii, Ferio. Cesare, Camestres, Festino . . .

LA MUJER. Era gracioso, el profesor que se me presentaba con un ramillete de violetas o rosas, según la estación. Porque las flores, me decía, están siempre de acuerdo con la estación . . .

EL HOMBRE. ¡Otra escena! ¡Otra!

LA MUJER. Un día, al saludar a la vecina, le pone el ramillete entre las manos y la besa . . .

EL HOMBRE. Por equivocación

LA MUJER. Naturalmente. Un sabio bachiller muy distraído . . .

EL HOMBRE. O por costumbre.

LA MUJER. Da igual. Por equivocación o por costumbre: tenía por costumbre equivocarse . . .

EL HOMBRE. ¡Sigue la escena!

LA MUJER. ¡Sigue! Se asoma el marido. Contempla el suceso. Se indigna. Y por sacar al sabio de su distracción, le da un tremendo par de bofetadas . . .

EL HOMBRE. Un merecido par de bofetadas . . . Después, el muy honesto profesor puso la otra mejilla . . .

LA MUJER. ¿Cuál de las dos?

EL HOMBRE. La otra. La siguiente.

LA MUJER. Es decir, la tercera.

EL HOMBRE. Eso piensan algunos . . .

LA MUJER. Aunque no todos están dispuestos a creerlo.

EL HOMBRE. En resumen, señores, aceptemos que la vida es rematadamente idiota.

LA MUJER. Porque tenemos que vivirla.

EL HOMBRE. "Y usted, al parecer, se inclina por un oficio que tiene cada vez menos salida".

LA MUJER. ¿Cuál?

EL HOMBRE. Este. El oficio de tinieblas.

LA MUJER. ¿Quién dijo semejante cosa?

EL HOMBRE. El ignorado profesor.

LA MUJER. No es eso. ¿Quién dijo que aquí no hay salida? ¿No lo pasamos bien?

EL HOMBRE. Puede afirmarse que muy bien.

LA MUJER. Y hasta excelentemente bien.

EL HOMBRE. Hay bocadillos, platos variados, postre y café.

LA MUJER. Calefacción. Teléfono. Aviación.

EL HOMBRE. Bidé. Anticonceptivos. Estimulantes y sedantes.

LA MUJER. ¿Qué más, amigo?

EL HOMBRE. Muy buenos días como buenas noches.

LA MUJER. Y pasatiempos. Gratos pasatiempos, hechos adrede para que el tiempo pase.

EL HOMBRE. Aunque algunos se quejen de que pase.

LA MUJER. De algo hemos de quejarnos.

EL HOMBRE. Mucho peor parecería si el tiempo no pasara.

LA MUJER. Mucho peor, amigo mío. Y por que pase nos hacemos alegre la vida.

EL HOMBRE. ¡El buen oficio de tinieblas!

LA MUJER. Y por que pase, no nos basta vivirla: también nos la contamos con rigor.

EL HOMBRE. Con extremada perfección . . .

LA MUJER. ¡Hasta que no dejamos títere con cabeza!

EL HOMBRE. Pero entonces aún queda el último recurso.

LA MUJER. Bueno es saberlo.

EL HOMBRE. ¡Bueno! Entonces empezamos otra vez, hasta que no dejamos títere con cabeza . . .

LA MUJER. Contar la vida fácilmente es una grata forma de vivirla.

EL HOMBRE. Si no, ¿de qué iban a vivir los que algo saben de la vida? Aquellos que conocen cuanto pasa y por qué pasa.

LA MUJER. Los que están en lo cierto y los que están de vuelta.

EL HOMBRE. Los que tienen la verdad en el bolsillo a la disposición del prójimo.

LA MUJER. O, por decirlo de otra forma, aquellos que componen el conjunto de la llamada humanidad.

EL HOMBRE. Y el profesor, en aquel tiempo, se sabe que llegó a esta conclusión: "La vida es un cuento continuo, contado por los que nunca saben qué se cuentan". En conclusión, señores míos, convengamos en que el querido anciano también obtuvo conclusiones.

LA MUJER. ¿De quién hablas?

EL HOMBRE. ¿Hablabas?

LA MUJER. Toda la noche.

EL HOMBRE. De un viejo carcamal muy maltratado. Míralo ahí, royéndose tristemente los dedos, porque no fue incluido en las enciclopedias.

LA MUJER. Me das miedo.

EL HOMBRE. Óyelo lamentarse. Oye el gemido que le huye por ese gran jirón de la garganta.

LA MUJER. ¿Te callarás? (*Silencio*). ¿De qué anciano me hablas?

EL HOMBRE. Aquel del pomo de perfume. Aquel que mira hacia la altura en la puerta final.

LA MUJER. ¡No consigo entenderte!

EL HOMBRE. Ya se sabe. No conseguimos entendernos. Se trata de un anciano que con los otros veintitrés dará el concierto último en la portada de Moissac.

LA MUJER. ¡Dios! ¡Cállate!

EL HOMBRE. ¿Qué puedo hacer, si lo estoy viendo? (*Silencio*). ¿Por qué no me lo quitas de ahí delante?

LA MUJER. ¡Das miedo! ¡Estamos en el metro! ¡Se ha cortado la luz! ¡No tienes a ningún anciano enfrente!

EL HOMBRE. Esto decía . . . Se recogió en su asiento, igual que una quieta coneja temblorosa. Su miedo irrefrenable me convirtió en la causa de su miedo. Habló como si yo hubiere inventado no sé qué anciano profesor. (*Se escucha un grito*). Después, ese grito . . . (*Se escucha de nuevo*). Lo puedo recordar como si fuese ahora, porque cruzó mi carne como un rayo . . . (*Se escucha otra vez*). Pobre amiga mía. Llevábamos diez horas encerrados en aquel vagón. Diez horas de espanto. Hacinados, tensos; sobrecogidos de terror. Había un hedor desbordante de ganado con susto, de humedad y tabaco: el calor humano . . . (*Silencio*).

LA MUJER. (*Estridente*). ¡Sácame de aquí!

EL HOMBRE. Imposible, amiga. No hay escape alguno. Éste es un oficio que tiene cada vez menos salida . . .

LA MUJER. (*Con pánico*). ¿Es que no ves aquel que viene con su pequeño ramo de perfunes en la mano?

EL HOMBRE. Pobre amiga mía. Aquí no hay nadie.

LA MUJER. ¿Es que no lo escuchas? (*Silencio*). ¿No oyes el murmullo que derrama, como un licor amargo, por su boca?

EL HOMBRE. Nadie.

LA MUJER. ¿Nadie en todo este infierno de hacinamiento y suciedad? ¿Nadie en todo el gentío que se aprieta a oscuras? ¿No sientes el clamor que alza el ruedo temeroso de los abandonados?

EL HOMBRE. Aquí no hay nadie. Abre los ojos. Mira. ¿No sabes dónde estamos?

LA MUJER. Miré en torno y no vi. No supe dónde estábamos.

EL HOMBRE. Habíamos descendido por una sima interminable hacia la entraña de la tierra. Quisimos conocer cómo transcurre el tiempo en la tiniebla. Y allí en la hondura, solos, envueltos en

el manto de lo oscuro, de regreso al terror original de la caverna, esperamos, ¿por cuánto, cuánto tiempo?

LA MUJER. Ellos han de saberlo.

EL HOMBRE. ¿Quiénes?

LA MUJER. Aquellos que nos buscan.

EL HOMBRE. Nos perdieron. Y como nos perdieron, ya no somos. Aquí no hay nadie, amiga. Ni tú, ni yo, que hablo. Ya nos dieron por muertos . . . Ya no estamos.

LA MUJER. Aún seguirán la búsqueda.

EL HOMBRE. Escuché sus trabajos y me dije qué intentaban con tanto desconcierto. ¿Sabes tú qué intentaban?

LA MUJER. Salvarnos.

EL HOMBRE. ¿De qué? (*Silencio*). ¿De qué iban a salvarnos?

LA MUJER. Y repetió, casi un suspiro: “¿De qué iban a salvarnos?”

EL HOMBRE. Bajo este peso que me parte en dos . . .

LA MUJER. Bajo la carga que le aprisionaba. A lo lejos se oía una gran vena de agua que bramaba en la sombra. Había desplomado, su violencia, la entrada . . .

EL HOMBRE. La salida (*Silencio*). ¿Hablabas de salida?

LA MUJER. ¿Una salida?

EL HOMBRE. ¿Dónde? (*Silencio*). ¿En dónde una salida? ¿Es que hay alguna? (*Silencio*). Acércate. Descansa.

LA MUJER. Y apoyo la cabeza sobre la extensa tabla de su pecho. Oigo latir al hombre derribado. Cubre su cara una barba caudal, como la del anciano que se me presentó en el metro con el ramo de flores . . . ¿Hay rumor en la calle? Unos niños juegan: “¡Mía, mía!” “¡Tomal!” “¡Tuyal!” Hablan los vecinos, lejos, allá lejos, prisionera en la caja del ascensor a oscuras que se quedara detenido entre dos pisos. (*Silencio*). El hombre que agoniza sobre el lecho, la noche entera en la tiniebla, nos ha sumido en la oscura caverna del principio, hundiéndonos a todos en la tumba donde sufrieron y murieron sus incontables antepasados. (*Silencio*). Dice que deliro. Después me pregunta: “¿Son sueños las fábulas

que nos relatamos por no despertar? ¿O son, tal vez, la vida, esas palabras?”. No me dice más. (*Silencio*).

EL HOMBRE. Parece mentira... “La brisa que rompió a reír sobre las mansas formas de los árboles...” Frases. Si usted sigue ahí... Frases. ¿Un estorbo, el último? Frases. Ahora que empiezo a ser carbón y lodo... Frases. (*Silencio*). Comprobar cómo transcurre el tiempo en la tiniebla. ¿Regresar al origen? Orden; poner orden. Preguntar a qué hora... el último correo de la tarde.

Largo silencio.

De febrero a marzo, 1966.

